

de él almorzaba en compañía de la señora Scilli y de su novia, tenía el rostro completamente alterado. Preciso le fué sufrir la solicitud inquieta de su prometida, disimular por primera vez, y atribuir el cambio de su cara y de su humor á una jaqueca producida por el sol. ¡El que desde hacía unos días vióse completamente identificado con Enriqueta, en una constante comunión de pensamientos! Preciso le fué ver sobre aquel rostro dulce y tierno la más amorosa inquietud, y la penosa impresión que le producía esta necesidad de mentir unida á la ansiedad que le devoraba, le fué tan insoportable que dudó si retirarse á su cuarto para toda la tarde bajo pretexto de su indisposición. Quería ordenar su pensamiento y mirar frente á frente el problema en que le ponía, de una manera trágica para él, esta llegada repentina; que él presumía intencional. Pero ¿cómo hacer este examen sin evocar todos los sucesos, todas las sensaciones de un pasado que contrastaba con aquel porvenir cuyas alegres imágenes la madre de Enriqueta había acariciado en su sueño algunas horas antes? ¡Ah! ¡Qué tristeza sentir la acre amargura de un culpable y malvado amor que se ha creído terminado, inundándonos de nuevo el alma en el instante mismo en que el alma se embriaga hasta el éxtasis en las alegrías de otro amor todo luz y esperanza!

—Y sin embargo, gemía Francisco una vez solo y en libertad de abandonarse á sus recuerdos; ¿después de tantos años no debo estar muerto para ella como ella está muerta para mí?

II

UNA ANTIGUA QUERIDA

¡Tantos años! Los periódicos sujetos en las fajas, que el codo del joven frotaba aquella tarde comenzada con una impresión tan dolorosa, tenían, en efecto, la fecha 1886, y en Abril de 1877 habló él por última vez con Paulina Raffraye. Por otra parte, él la había visto por vez primera á fines del invierno de 1876. De doce meses apenas eran los recuerdos de esta mujer. Pero los amores que dejan una cicatriz inolvidable no son los que han durado más tiempo, ni los que abundan en incidentes de novela ó de tragedia. Cuando una querida ha herido en lo más honrado de nuestro corazón, no es fácil olvidarla. Pondremos entre ella y nosotros la distancia, el tiempo, otras personas, otras caricias, otras alegrías, otros dolores. Será inútil. La tenemos en la sangre, como dice una enérgica expresión popular. Falta añadir que este primer encuentro de Francisco Nayrac con Paulina Raffraye se había efectuado en circunstancias peligrosas para él. Tenía entonces veinticinco años, había perdido muy joven á sus padres, y todo su cariño recayó sobre su hermana única, Julia Archambault, mal casada y poco feliz.

Esta hermana, cuatro años mayor que Francisco, le había educado en ese difícil período del fin de la

adolescencia, en el que de nada sirve la ternura si no va acompañada por un sentimiento justo de las leyes verdaderas del mundo social. Julia comenzó por querer conservar á su lado á su hermano. Salió él del colegio con un retraso de un año por causa de la guerra, y tuvo algunas aventuras banales y vulgares que su hermana supo y la atemorizaron. Pensó ella que la fortuna y la ociosidad iban á perderle, y consideró que era un sacrificio necesario, aunque muy grande, el ocuparle en algo lejos de París.

La triste experiencia de su matrimonio le hacía formar un prejuicio contra la capital muy frecuente en ciertas mujeres honradas, como el prejuicio contrario en algunos aficionados á los boulevares. Se equivocaban. Si la facilidad para el placer que se encuentra en esta ciudad es funesta para muchos jóvenes, demasiado vanidosos, la soledad moral é intelectual de la provincia ó del extranjero es más perjudicial aún para algunos otros predispuestos á los abusos de la vida contemplativa y sentimental.

Esta fué la historia de Francisco. En París, sus primeros desórdenes hubiesen desaparecido pronto y la honradez profunda de su naturaleza le hubiesen hecho ordenar su existencia con el medio más probable de dicha; un pronto matrimonio. Por los consejos de su hermana entró en la carrera diplomática, por la que no tenía vocación, y por su desdicha fué agregado á una de las legaciones más retirada de Alemania.

En 1876 acababa de pasar dos años en Munich, replegado en sí mismo, ocupado en leer, en soñar, en esperar la vida en vez de comenzar á vivir, sumi-

do en la ociosidad de las chancillerías, donde la comunicación forzosa y continua de los compañeros exaspera el aislamiento interior cuando no produce la amistad.

Estos dos años dieron como resultado desarrollar en él un estado muy especial, que se encuentra, aunque pasajera y entre un pequeño número de jóvenes destinados en su mayor parte á llegar á ser artistas ó escritores, y de una manera más fija entre muchas mujeres descontentas de su suerte ó faltas de deberes estrictos. Este estado bien terrible para la higiene del porvenir, ha sido sabiamente definido en una frase célebre por el más humano de los Padres de la Iglesia: consiste en amar demasiado por amar, enfermedad inofensiva cuando es corta, peligrosa y fecunda en consecuencias funestas si se prolonga.

El que ama por amar, complácese en hacer de la vida una novela que la realidad disipará pronto. Se habitúa poco á poco á juzgar como insignificante todo lo que no se relaciona más ó menos directamente con la pasión amorosa. El interés y los deberes de su profesión quedan relegados en su pensamiento á un lugar secundario.

El sueño generoso y viril de fundar una familia, de servir á una alta causa, ideal de la ciencia, del arte ó de la política, el más personal de distinguirse por los triunfos ganados en una carrera: estos diversos principios de actividad se amenguan, palidecen, se borran para dejar sitio á la preocupación constante del indefinido, mañana sentimental. ¿Cuándo llegaré al mañana, y qué será? El que ama por amar emplea

días, semanas, meses, en pensar y pensar en este problema dramatizando sus acciones por adelantado, agotando sus alegrías y sus dolores antes de haberles experimentado, refrenándose y consumiéndose á la vez hasta llegar por este desorden del sueño, y por esta locura del libertinaje intelectual hasta una mezcla única de corrupción y de inocencia.

Los más sutiles matices de la galantería le son conocidos. Nada ignora de las truhanerías de la seducción, nada de las complexiones que los teóricos del corazón han expuesto en las anatomías. Al mismo tiempo, conserva una especie de virginidad de la emoción real que tienta á la edad, á la inocencia física de sus días y de sus noches. Francisco estaba en el momento de la crisis de su juventud, complicada en él con el recuerdo de sus sensaciones precoces, cuando su hermana, Julia Archambault, encontró á Paulina Raffraye, mal casada también, y las dos se unieron por una de esas amistades entusiastas como la comunidad de un triste destino, el deseo de confidencias y de simpatías, y la sensación de la hostilidad ó de la indiferencia del mundo, que crecen tan rápidamente entre dos mujeres jóvenes abandonadas.

Las cartas de Julia eran para Francisco los grandes sucesos de su destierro. ¡Escribía ella con tanta gracia y talento, y comprendía también con tal indulgencia ciertas cosas sutiles del corazón de su hermano, las que él podía decirle! Desde aquel momento siempre le hablaba ella de Paulina, así como en las conversaciones que con ésta tenía Julia siempre le hablaba de Francisco. La casualidad redobló la curiosidad que éste y Paulina debían sentir uno por

otro. En los dos viajes que el joven hizo á París cuando su hermana había llegado á ser la amiga preferida de Paulina, esta última estaba ausente. Después, una circunstancia bastante para confundir á dos seres indiferentes les aproximó.

La señora de Archambault murió en pocos días de una fiebre tifoidea, y en este cuarto de agonizante, Francisco, que había regresado de Alemania apresuradamente, vió por la vez primera la esbelta figura de Paulina, sus cabellos castaños, su hermoso rostro un poco pálido, pero animado por dos ojos claros, casi grises y de una tristeza que atraía.

Los poetas de todos los tiempos están acordes con los fisiólogos para marcar el lazo misterioso que une las emociones de la muerte á las del amor. ¿Es preciso apelar al enigmático poder de la naturaleza para hacer ver que el más poderoso auxiliar de la caída de las mujeres tiernas es la piedad como la desesperación por una pérdida irreparable, es para el hombre un irresistible consejero de sencilla elocuencia? Francisco y Paulina lloraron juntos. Ella le vió sufrir y le consoló; él la vió quejarse y se impresionó. ¡Era tan linda, tan elegante!

Eran tan tristes sus relaciones con Raffraye, banal y brutal vividor, que no se había casado con ella más que por su dinero, y volvió en seguida á sus malas costumbres de soltero, después de uno de esos dramas íntimos que dejan en una mujer huella imborrable. Encontrar entonces un hombre amable, de delicada conducta, inteligencia y un corazón casi femenino, ver á menudo á este hombre en una familiaridad que no se podía reprochar, puesto que el princi-

pio de ella no podía ser más noble, era una prueba grande y un gran peligro. Julia había muerto en el mes de Mayo; Francisco no había abandonado París, obteniendo del Ministerio una licencia ilimitada. Era el amante de la señora de Raffraye.

Tristes amores que comenzados entre lágrimas y en una atmósfera de muerte, debían continuar en lágrimas también con la tortura íntima, los amargos pensamientos, y terminar en el odio vergonzoso que surge naturalmente de las tinieblas del adulterio. Hoy todavía, y después de muchos meses, al tener noticia Francisco de la presencia inesperada de Paulina, el recuerdo de este odio le había sacudido de tal modo, que sentía el corazón conmovido hasta el fondo, y pensando en ello, como lo hacía en aquella tarde de soledad, no llegaba á comprender la razón profunda de aquellas extrañas confusiones ante las que había concluído de esperar. A pesar de esta perspectiva del tiempo que permite perdonarlo todo, puesto que permite también discernir el elemento de fatalidad mezclado á todos nuestros actos, él solo comprendía que había existido un error, en apariencia insignificante, en realidad irremediable, que había llevado este amor á las crisis más dolorosas.

Paulina y Francisco se habían amado en efecto, idolatrado, poseído, antes, por decirlo así, de conocerse. Se habían entregado el corazón, y su persona antes de adquirir una noción exacta de sus caracteres. La joven no conocía á Francisco más que por lo que Julia le había dicho. Había visto en él un hermano desesperado, un ser aislado sin dicha, un soñador sin novela. Además, tenía una sensibilidad compleja, una

imaginación corrompida, desconfiada, ya atormentada; un espíritu turbado por el abuso de la reflexión y de los sueños; en fin, un alma torcida para la dicha en la que una pasión mezclada de sensualidad, debía llevar á los celos con pasmosa facilidad.

El mismo, ¿qué había visto en Paulina? La dulce confidente de una hermana querida, una niña ligada en su juventud, y antes de saber lo que era la vida, á un trонера, una criatura herida en sus mayores delicadezas y en sus más generosas susceptibilidades. Era esto, pero además una mujer del mundo, rica, elegante, llena de frivolidad, acostumbrada desde los seis años de un mal casamiento al aturdimiento de las continuas salidas, á comidas, visitas, espectáculos, estériles placeres, que llegan á convertirse en necesidades cuando permiten huir de un sitio que se aborrece. En fin, para decirlo todo, era una de esas coquetas ignorantemente vanidosas, que desean brillar, puesto que desean gozar, inocente deseo que muy á menudo arrastra en una sociedad algo libre á esas nonadas de familiaridad tan cerca de la calumnia.

Parecía que con la invasión de un nuevo sentimiento, aquellos pequeños defectos debían desaparecer, y así hubiera sido bajo la influencia de un amante más lógico y más sencillo que Francisco. Se exageraron por el contrario. Francisco, á pesar de la corrupción sentimental y de sus sueños, era demasiado bueno para ser el amante de una mujer casada. Había sido muy cristiano en su primera juventud, y por un contraste extraño, pero muy frecuente, al mismo tiempo que soñaba con el amor desde algunos años antes, y no le concebía más que bajo una forma

prohibida, había guardado en el fondo un íntimo deseo de armonía entre su conciencia y sus pasiones.

Esta singularidad es común á la mayor parte de los hombres que han sido religiosos. Quedan dispuestos siempre á lamentarse de la falta que la mujer más querida comete hasta en favor de ellos. Las faltas de honestidad que la adúltera hace le son intolerables, y no se prestan sino con secreta rebelión á las combinaciones cómodas que hacen del matrimonio de tres la solución más confortable del problema amoroso y conyugal. Francisco mezcló en seguida un poco de esos locos celos del amante para el marido, sentimiento en el que había pensado por adelantado para economizarse después esta nueva tortura. Si consentía, pues, en ir de visita á casa de la señora Raffraye, le fué imposible aceptar intimidación alguna con Alberic Raffraye. Procuraba no encontrarse casi nunca con este hombre, al que engañaba despreciándole, pero con engaño irreparable. De aquí resultó que en sus relaciones había una anomalía que Nayrac juzgaba muy natural, y que marcaba una pena. Este amor fué para Paulina, que estimó más su amante por sus ideales escrúpulos, un hermoso oasis en el que entraba como en un sueño, y del que salía para caer de nuevo en una realidad, tanto más insoportable cuanto más dulce y grato había sido el sueño. Y sucedió entonces lo que sucede á todas las mujeres en esta situación.

Al volver de sus citas con Nayrac, la señora Raffraye debía encontrar y encontraba, en efecto, su casa horrible, la cara y vulgaridad del alma de su marido peores, y estremecida aún por los besos del que ama-

ba, sintió la necesidad más inevitable de huir de esta casa, de este hombre, y de arrojarse en el turbión de mundo que no tocaba á nada de sí: querida novela.

¡Al menos así lo creía la imprudente! Sin embargo, no hacía más que cuatros semanas que se había entregado á Francisco, y ya este último sufría por esta complicación forzada de vida que su querida no sólo aceptaba sin esfuerzo, sino hasta con complacencia, pues si era amante, era también joven, y la dicha de su amor, exaltando todas las fuerzas de su sér, había producido como primer resultado avivar en ella el amor tan natural á los veinticinco años del movimiento y de los placeres. Existen dos modos para que una mujer lleve por el mundo un querido y culpable secreto; hundirse en su propio amor, molestándola todo lo que no se relacione con él ó serle todo agradable á causa de la armonía interior que la encanta. Aunque los hombres rehusan á menudo creer sincera esta segunda clase de amor, existe, y para desgracia de Francisco era la que sentía Paulina. Una vez llegó á una cita con su amante, quejándose de la jaqueca producida por un baile del que había salido bastante tarde la víspera.

—¿Por qué no saliste más temprano?—le dijo él entre dos besos y con tono de cariñosa reconvencción.

—¡Qué quieres!—respondió ella.—Me dejé arrastrar—y añadió acariciando con sus dedos los cabellos del joven.—Sabía que te vería hoy, y no podía soportar la espera... Este pensamiento me producía fiebre, y he bailado, bailado... Te hubiera gustado mucho. ¡Estaba tan bonita! ¡Comprendía que todos me encontraban tan bonita!...

—Pero—respondió él, ocultando una emoción terrible bajo una media sonrisa y con aire de broma,— ¿no has pensado que podría estar celoso?

No acabó. La veía en su pensamiento con los hombros desnudos, aquellos hombros de los que en aquel momento aspiraba el perfume (estaban uno en brazos del otro), que acariciaba y veía también las miradas, los deseos, el aliento de los hombres en torno de aquella garganta idolatrada.

—¿Celoso? ¿Y de qué?—respondió ella.

Y al hacer esta pregunta, demostraba tal ternura en sus ojos, y una sorpresa tan sincera, que él la estrechó delirante contra su pecho como para ahogar en este abrazo el funesto demonio que acababa de sentir pasar entre la pobre mujer y su corazón. Cuando ella se marchó aquel día, él quedó largo rato con la cara hundida en el almohadón que conservaba la huella de aquella querida cabeza y el aroma de sus largos y suaves cabellos. Se sentía presa de una mortal tristeza. El demonio había reaparecido en el instante de la marcha de Paulina. Había ésta mirado la hora, y separándose de él había dicho:

—Me olvido de que comemos á las siete para ir en seguida al teatro.

¡Qué inocentes eran estas palabras! Sin embargo, Francisco no olvidaba la impresión que le habían producido aquella tarde. En vano quería pensar en que esto era inocente, y que él mismo había deseado, exigido, que ella no cambiase nada de las costumbres de su vida social, á fin de no despertar en nadie curiosidad ni sospechas. En vano estaba demostrado que Paulina había sido con él verdadera y sencilla,

poco coqueta. En vano había él releído las cartas, en las que Julia le hablaba de su amiga, obligado á pensar en sus comunes lágrimas después de su muerte. El había dudado del corazón de su querida, y si esta duda acerca del corazón de una mujer siempre es fatal para el porvenir de un sentimiento, lo es aun más cuando acometen á un hombre al que la mujer no dedica más que algunas horas, y entristecido además por sueños y lecturas desconsoladoras. Y como Francisco no se daba cuenta de ello, como todos aquellos en quienes la imaginación ha como embotado la sensibilidad, tal vez tenía necesidad de padecer para sentir. ¡Desdichada disposición moral que irrita las heridas más leves! Creía él amar á su querida más que ella le amaba. Antes de sentir esta desconfianza, se había preguntado si ella sentía hacia él una pasión tan profunda como la suya; y mientras comprendía lo insensato de sus sospechas, se sentía absurdamente, injustamente, celoso, sin razón clara, de aquel mundo con el que dividía su amor. Rápido es el camino de esta desconfianza, y poco tiempo es preciso para transformar en un corazón inquieto el vago descontento sin objeto en un dolor positivo, el miedo de una decepción, en dureza de alma, y esta misma dureza en sospecha. Francisco se acordaba perfectamente de cómo había luchado contra su propio orgullo sin lograr librarse en las siguientes semanas de una continua tentación, de la rabia hacia las personas que formaban la sociedad de Paulina. Después había cedido preguntándose unas veces:—¿Dónde ha comido y con quién?, y otras: ¿qué visitas ha hecho y á quién ha encontrado?—En aquel momento, víctima como

nunca de esta vergonzosa fiebre, enrojecía todavía al recuerdo de aquella especie de inquisición dolorosa y tímida, con la que había poco á poco envenenado una llaga tan leve al principio hasta que el inevitable conflicto había estallado entre ellos. Aunque la escena no hubiera durado más que algunos instantes, ¡con qué claridad la recordaba! Como una vuelta del camino cambia repentinamente todo el paisaje, ante el primer nombre propio pronunciado por Paulina, su amor había cambiado, fijando los elementos poco seguros de la desconfianza.

Sucedió esto en una de sus entrevistas; él estaba apoyado en el ángulo de la chimenea de la casa que había medio instalado después de la muerte de su hermana, sin sospechar que no la acabaría de amueblar y menos aun que pronto la abandonaría para no encontrar nunca el recuerdo de aquellas horas de amor. Aquel día habían sido muy dichosos. Paulina estaba alegre y sonriente, con los ojos llenos de una malicia infantil. He aquí que ella misma se puso á contar los detalles de la tertulia de la vispera. Había comido en casa de una amiga, junto al barón Armando de Querne, que sin duda aprovechaba todas las ocasiones de acercarse á ella, á juzgar por el interés con que desde algún tiempo se hacía invitar á todos los sitios donde Paulina concurría.

—Creo—dijo ella,—que tiene idea de hacerme la corte; pero no se atreve y me divierte verle siempre dirigiéndome lisonjas, que no sabe terminar. Tiene talento, pero no adivina que yo soy sólo tuya.

—Espero—dijo Francisco,—que no le recibirás más.

—¡Yo! ¿Y por qué? ¿Para que crea que le temo? Confía en mi tacto de mujer. En ciertos asuntos, nuestro gran recurso es *take no notice*, como dicen los ingleses.

El no dijo nada, y entonces Paulina, mirándole con tristeza y con voz alterada, añadió:

—¿Es que no tienes confianza en mí?

Y como él continuase silencioso, ella replicó con un acento grave y desconocido para su amante:

—Te aseguro que no me esperaba tal afrenta, Francisco. Entregándome á ti he cometido una culpa grave. No me hagas jamás pensar que por ella no me estimas. Sufriría mucho. Nuestra felicidad estriba en que tú creas que te amo siempre y sólo á ti. Si dudas de ello, mi desesperación sería muy grande, porque estando separados, nada podría probarte.

—¿Y si yo te pidiese que me sacrificases á alguno? —insistió él.

—¿Que te sacrificase alguno? No podría—dijo ella, procurando sonreír.—Sería preciso que *tuviese* otro amante, y sabes que no.

—Tú me comprendes perfectamente—había él replicado, temblando, á su pesar, por esta manera de eludir la respuesta. Estos ardides femeninos tan cercanos á la astucia irritan mucho al hombre. Y había continuado:

—Quiero decir, ¿que si yo te dijese que cerraras tu puerta á alguno, á ese señor Querne, por ejemplo...?

—Naturalmente; obedecería si pudiera—había ella respondido encogiéndose de hombros.—Pero tú no me pedirás eso. Sería tanto como insultarme, como humillarme.

Ante tan sencillo argumento, Francisco no prolongó el combate. Después, como todos los celosos, había discutido consigo mismo las más sencillas palabras, las menores inflexiones de voz, todos los gestos de la cara de su querida, mientras ella fingía... Porque para él fingía... En cambio, él no se preguntaba nunca lo que Paulina pensaría de él, qué juicio había formado de su carácter, y por consiguiente, qué vibración despertaban en ella sus palabras.

El no veía más que una cosa. ¿Por qué Paulina no le había respondido que él ordenaba y que ella obedecía? Cuando se comienza á sufrir, se tienen estos despotismos casi monstruosos, á los que las mujeres que aman se someten cuando no tienen más que veintiséis años. Preciso es haber vivido para comprender que en el amor no hay ligeras equivocaciones y también para darse cuenta cabal del grado de exaltación que en ciertos hombres forma la sospecha y la desconsoladora fiebre de la desconfianza. Mientras haya imprudentes Desdémonas que sonrían á Casio, que las salude, sin pensar mal de él, habrá Otelos que destruyan su dicha á causa de esta inocente sonrisa. Y no hay necesidad de que nadie nos inyecte la calumnia en las venas; somos nuestros propios Yagos, y más ingeniosos para torturarnos que aquél y para ponernos en la rueda del suplicio.

Francisco pertenecía á esta desgraciada raza de amantes que tienen sin cesar necesidad de evidencia. La ironía de la suerte hace que sean los más engañados, pues la mujer perdida le da pruebas materiales siempre fáciles de combinar, y hieren á la mujer activa hasta el punto de convertirla en una infame

como Paulina había dicho en la ingenuidad de su corazón, sin darse cuenta de la funesta profecía que anunciaba. El joven estaba, pues, bajo la impresión de un intenso malestar, cuando tres días después de esta conversación fué á visitar á su casa á la señora Raffraye.

Estas visitas eran muy raras desde que ella era su querida, y las hacía ordinariamente después del almuerzo, hora en que la joven recibía. Era, por lo tanto, muy natural que no la encontrase sola; y tampoco tenía nada de extraño; después de lo que el otro día le había ella indicado, que el barón de Querne hubiese tenido también la idea de visitarla. Por pura casualidad, pues, se le encontró Francisco. Un poco de embarazo en la actitud y en la mirada de Paulina y un poco de familiaridad en la conversación por lo que á Armando se refería, y algunas alusiones á insignificantes sucesos de su sociedad que Nayrac ignoraba, fué lo bastante para que, al quedarse solos, reinase entre ambos amantes un silencio precursor de fuerte tempestad. Procuró Paulina romperle levantándose y aproximándose á Francisco para cogerle la mano.

—¡Qué gusto el que hayas venido!—dijo.—No me esperaba esta agradable sorpresa.

—Ya lo he notado—respondió él huyendo la caricia de su amante.

—¿Por qué me hablas así?—dijo Paulina tristemente.—Ya comprendo. ¿Es porque has encontrado aquí al señor de Querne? Pero ten presente que de no recibirle á él tampoco hubiera podido recibirte...

y hubiéramos perdido estos minutos... ¡No me los echas á perder!

—¿Por qué tenías el aire tan turbado?—dijo él.

—¡Ah! Adiviné en seguida que te disgustarías y serías injusto... Sí, injusto.—Y frunció el entrecejo, mientras sus ojos claros lanzaban irritada mirada. Coloreáronse sus mejillas y continuó con dureza á vez y con visible emoción:—Te he dicho ya que no hay razón para esa injuria que me haces, Francisco. Te quiero, y á nadie sino á ti he querido. Si no te fuera fiel sería la más despreciable de las criaturas. Quiero, entiéndelo bien, quiero que me estimes y que tengas confianza en mí...

—¡No hagas entonces imposible esta confianza!—dijo Francisco.

—¡Yo!—respondió ella.—¡Yo! ¿Soy yo quien te obliga á desconfiar? Veamos. ¿No crearás que yo me dejo hacer la corte por el señor de Querne?

—Sí—respondió él brutalmente.—Lo creo.

—¡Lo crees!—repitió ella llena de estupor.—¡Lo crees! ¡Y aún no hace dos meses que nos amamos!... Pues bien—había continuado con furor,—cree lo que te agrade. ¡Ah! ¡Esto es demasiado vergonzoso!...

La llegada de otra visita había cortado esta situación. En la mala disposición en que Francisco se encontraba, había sentido una impresión aún más amarga al ver á su querida recobrar su aptitud de mujer de mundo, sonreír al recién llegado y hablar con un tono afectado con el que aligeraba su nerviosa excitación. El no vió en esto más que una comedia que le causaba horror. Sin embargo, se reconci-

liaron pronto, pues se amaban mucho. Pero la sospecha había entrado en el corazón del joven, y continuó creciendo con la extraordinaria rapidez propia siempre de esa planta maldita.

El adulterio tiene su castigo inmediato en que el amante no sabe luchar contra la constante prueba de la inmoralidad que trae su querida con el solo hecho de serlo. Bien lo saben todas las mujeres que se encuentran en esta situación. La mayor parte se resignan con ello tanto más fácilmente cuanto más el egoísmo masculino les da ocasión para responder á este desprecio con otro igual. Además, ¿qué piden ellas á esos amores ilícitos? Sólo la emoción. El roce del amante que ha de volver á sus brazos, es una emoción más. Pero otras se resisten á esta tiranía, quizás porque el insulto les hace sufrir realmente ó porque ven en su rebelión la única garantía de su libertad. Paulina no había querido ceder al primer asalto de celos de Francisco; tampoco cedió al segundo.

Cuando se reconciliaron, él le había prometido no volver á hablarle de Armando de Querne; protestando de su confianza en ella, dichoso al volverla á encontrar tan dulce, tan bonita, tan temblorosa de voluptuosidad. Pero volvió á hablarla de su rival, ó del que creía tal, con mayor brutalidad que antes. Y por segunda vez alzó la cabeza con orgullo, y desde este momento las escenas siguieron á las escenas, llevando á Francisco á las más insultantes hipótesis, á las más despóticas exigencias, sin comprender la indignada obstinación que ella oponía al arrebato de su frenesí.

29802

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FRANCISCO IBAÑEZ"
Cada 1625 MONTERREY, MEXICO